

El viejo muere, la niña vive • Julián Ibáñez

Bellón es un buscavidas que sobrevive a base de encargos, como retorcer el brazo a morosos o cobrar cincuenta euros el revolcón. Un día entra en un chalet por una ventana y contempla una escena que le hace desear que la ventana hubiera estado cerrada.

Da un pequeño golpe callejero. Pero el fulano que ha organizado el golpe está relacionado con lo que Bellón vio en aquel chalet. Así que todo se complica un poco. Bellón se encuentra en medio de un fuego cruzado. Y se ha quedado sin pasta para un chaleco antibalas.

«No pasa nada, Mr. Ellroy: la mayoría de los escritores patrios de Novela Negra al leer a Ibáñez sienten unos deseos de encerrarse en casa y no salir. Su lenguaje —personal, verosímil, intransferible— propicia que se te quede el polvo del arcén en la garganta. Que el sabor del licor te abraza el estómago. Que te queme el deseo. No sólo sabe construir un mundo sino que lo hace con palabras y escenarios, diálogos y renunciadas que parecen no deber nada a nadie. En fin, eternos ingredientes, mezclados, servidos, jaleados y reventados por un tipo como Julián Ibáñez, escritor tremendo. Ellroy ha tenido suerte. El Tajo no pasa por Los Ángeles,»

CARLOS ZANÓN

«Para muchos, la figura más interesante y enigmática de la novela negra española,» PIT II

«Ibáñez busca un camino propio con el que construir una metáfora de un universo de solitarios y perdedores presos en un mundo deshumanizado que alcanza por igual a las grandes ciudades, a los núcleos portuarios o a los pequeños pueblos del interior.» LUIS MOTA



www.cuadernosdelaberinto.com • El género negro también habla castellano
colección ESTRELLA NEGRA • Dirigida por Carlos Augusto Casas



5
Julián Ibáñez • El viejo muere, la niña vive

Julián Ibáñez El viejo muere, la niña vive

Cuando uno vive en el filo sabe que para llegar a viejo lo mejor es ser sordo, mudo y ciego. Pero durante uno de sus encargos, Bellón ve algo que no debería. Y sabe que eso le traerá complicaciones. La policía va tras él, y no serán los únicos. A su favor sólo cuenta con todo lo que la calle le ha enseñado. Pronto los que le buscan descubrirán que no pueden causar problemas a Bellón, porque Bellón es el auténtico problema.



JULIÁN IBÁÑEZ

(Santander, 1940).

Considerado uno de los padres de la novela negra española junto a Andreu Martín y Juan Madrid.

Autor de culto para los mejores aficionados a la novela negra, quienes admiran sus personajes tallados con cincel, versiones del mismo tipo duro y patético que no se preocupa más que del presente, para cuyo retrato siguió el magisterio inicial del consejo de Chandler, «analiza e imita».

Ganó en 2009 el prestigioso premio L'H Confidential con *El baile ha terminado*, y acaba de ser nombrado autor del mes por la revista *Prótesis*. Ha sido miembro del jurado del Premio Hammett.

Entre sus novelas de género negro destacan *La triple dama* (1980), *Mi nombre es Novoa* (1986), *¿A ti dónde te entierro, hermano?* (1994), *Entre trago y trago* (2001), *La miel y el cuchillo* (2003), *Que siga el baile* (2006), *El invierno oscuro* (2008) *Perro vagabundo* (2009) o *Giley* (2010).

colección
ESTRELLA NEGRA



Julián Ibáñez

El viejo muere,
la niña vive



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n.º 5 —

MADRID • MMXIV

El viejo muere, la niña vive
(*Sin City*)

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento
transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Idea y dirección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta: *Blonde girl smoking*, de Olly (shutterstock)

Primera edición: Abril 2014
I.S.B.N: 978-84-941902-4-7
Depósito legal: M-9163-2014
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Un día Emilia le preguntó a su hermana qué hacía con su sueldo que no le llegaba a fin de mes. Y Bruna le confesó que yo le cobraba treinta euros. Era cierto, en realidad eran sesenta: treinta los jueves por la noche cuando Emilia estaba de guardia y treinta los sábados después de comer cuando dormía la siesta y lo hacíamos en el suelo del cuarto de baño. Es decir, sesenta euros a la semana, o doscientos cuarenta al mes. Era mi único sueldo fijo. Aquella misma noche, nada más entrar en casa, Emilia salió a mi encuentro y me gritó que era un chulo, un inútil y un haragán que no servía para nada. Le arreé un sopapo. Me arañó en el cuello y yo le arreé otro sopapo que la tumbó en el sofá. Cuando se repuso me dijo que si no cogía toda mi mierda y me largaba marcaría el 091.

Eran las doce pasadas, demasiado tarde para buscar habitación, por lo que me tocó caminar hasta la estación, pero estaba cerrada. Caminé sin rumbo hasta que vi luz en la puerta entornada de una iglesia. Entré y me encontré con unos cuantos hombres y mujeres dándose la mano y cantando. El altar estaba vacío. Me tumbé en un banco al fondo de la nave. Con la bolsa como almohada y el gabán como manta, logré dormir un poco, en realidad logré dormir hasta las seis de la mañana. Entresueños estuve escuchando los cánticos de aquel grupo de amigos, cánticos muy fúnebres que me pusieron la carne de gallina porque debía ser el principio o el final de Semana Santa.

Aquella misma mañana alquilé una habitación en la pensión Bellavista, en Puertacuartos. Debía ya un par de semanas y la vieja me amenazaba todos los días con llamar a su sobrino que era policía si no le pagaba. Así que andaba bien jodido.

Eran sólo las siete, demasiado pronto para ver a Magro por lo que me dediqué a caminar sin rumbo a ver si encontraba algún conocido, aunque a aquella hora mis conocidos estaban durmiendo y sólo me cruzaba con fulanos que iban al tajo y se movían demasiado deprisa para verles bien la cara.

Entré en un bar y pedí una caña. Todo el mundo mojaba los churros en el café. Me quedaban doce euros, un billete de diez y dos monedas de un euro. Cada dos minutos metía la mano en el bolsillo para comprobar que mi pequeño capital continuaba allí. Había un par de máquinas y pensé que la Buena Suerte podía estar en una de ellas y aumentar mi capital para moverme el resto del día. Diez minutos y me había quedado sin las dos monedas. Pagué la cerveza y salí a la calle.

En el reloj de una farmacia faltaban tres minutos para las nueve y media por lo que me tocaba esperar. Siempre me había llamado la atención que Magro tuviera el horario de una tienda cualquiera, porque nadie va a una gestoría a las nueve y media de la mañana, demasiado tarde para los que trabajan y demasiado pronto para los que no hacen nada.

Magro apareció un minuto pasada la media y no mostró ningún entusiasmo al verme, en realidad actuó como si yo no me encontrara allí, sabía a qué había venido y cuanto menos entusiasmo mostrara más pequeña sería mi comisión. El número habitual. El de un tipo como de un metro noventa de estatura y unos ciento veinte kilos de peso; vestido de oscuro, con camisa

blanca y sin corbata, pero como si la llevara en el bolsillo y hubiera olvidado ponérsela. Patillas, patillas demasiado largas, boca algo torcida y sonrisa plana. Quitó el candado, le ayudé a levantar la persiana, abrió la puerta y entramos. Todo sin dirigirnos una sola palabra. Se quitó el gabán, se colocó detrás de la mesa y se puso a ordenar papeles, como si esperara a que yo comenzara a bailar claqué para sentarse. Metí las manos en los bolsillos y me entretuve mirando las paredes. Cuando terminé con los papeles y mientras abría un cajón, se dirigió a mí por primera vez, todavía sin mirarme:

—... Todo anda mal.

Me lo podía haber dicho nada más llegar. Que las cosas andaban mal todo el mundo lo sabía, o era el pretexto que todo el mundo ponía, las cosas siempre andaban mal, nunca se arreglaban.

—¿Mal? ¿Cómo de mal?

Ni me contestó ni negó con la cabeza porque se había puesto a estudiar otro papel y yo ya no me encontraba allí. Se sentó. Permanecí de pie junto a la puerta haciendo tiempo para que no pareciera que sólo había venido a pedirle trabajo y no para hacerle un poco de compañía, aunque era seguro que a él le daba igual.

Me disponía a abrir la puerta para largarme cuando de nuevo, sin mirarme:

—... Es todo lo que tengo.

Seguramente se acababa de acordar. Se refería a algún trabajo: cobrar un alquiler, entregar un par de facturas, o acompañarle a una subasta. Mi mano no se retiró del pomo dando a

entender que seguramente no me interesaba, pero le miré para que viera que le prestaba atención. Estaba abriendo un portafolios. De nuevo habló sin mirarme mientras revisaba el contenido del portafolios:

—Se han retrasado. En Fuenlabrada. Quince días. Seguramente están de viaje, o el banco ha olvidado hacer la transferencia. A ver qué te dicen. Sólo te puedo dar la mitad de la comisión, son inquilinos que pagan bien, nunca se han retrasado. Sólo recordárselo —hizo una pausa. Cerró el portafolios, empleó otro par de segundos en fingir que estaba pensando en un negocio importante, guardó el portafolios y sacó otro del cajón. Mi mano abandonó el pomo de la puerta. Continuó—: El cuatro. La factura es de novecientos, te lo subiré a cuarenta. Es todo lo que hay.

Todo sin mirarme. Dejé el pomo y me acerqué a la mesa.

Me dio una dirección y yo me limité a memorizarla. Era un chalet en una urbanización de Fuenlabrada.

Mi destino era Las Colinas. Otra urbanización de las muchas que habían surgido como setas en los alrededores de Madrid. Nunca había estado antes allí aunque había cruzado infinidad de veces por la 413 y había visto crecer los nuevos chalets.

Para matrimonios jóvenes que aspiraban a vivir en el campo pero la ciudad no les dejaba alejarse demasiado. Calles vacías durante el día, vacías durante noche. Algún coche de vez en cuando, a marcha moderada, extraviados en el laberinto. Cuando de tarde en tarde dos coches se encontraban en un cruce, un pequeño saludo con la mano, pensando cómo quedar para preparar el plan de fuga.

Las aceras eran de sólo un metro de anchura, con farolas y bancos, así que tenía que caminar por la calzada. Apenas había coches aparcados. Las parcelas eran pequeñas, de doscientos o trescientos metros, y los chalets eran todos iguales, de dos plantas, con un porche diminuto con farolillos de latón colgando de las columnas, con un tejado de tejas y una chimenea con caperuza de obra y sobre ésta una paloma de escayola.

Me había visto obligado a tomar un par de autobuses y a preguntar tres o cuatro veces antes de tener una idea aproximada de hacia dónde se encontraba la calle Gardenia, mi destino. Los chalets parecían todos habitados, los jardines estaban cuidados aunque no se veía a nadie barriendo las hojas o tirando una pelota al perro, tampoco había nadie por la calle, como si

todo el mundo hubiera tomado la precaución de encerrarse en el sótano a la salida del sol.

Apoyada en la pared de un chalet vi una bicicleta de carreras. Parecía una bicicleta profesional y calculé que podía valer diez o veinte billetes. Daba la impresión de que el propietario la había dejado allí para entrar en la casa a beber un vaso de agua. Pero había un tío en el jardín, junto a un Peugeot azul oscuro aparcado delante de la puerta del garaje; iba de traje, usaba gafas de armadura de pasta negra y era más bien grande y con barriga, así que hacía tiempo que no montaba en la bici que ya no podría con él; parecía a punto de salir para Madrid para ejercer de aprietamanos en una oficina en piso treinta. Memoriqué el número del chalet.

Otros tres o cuatro chalets y, ya en el jardín del último de la calle, que hacía esquina, vi al segundo habitante de la urbanización: un ama de casa. Con rulos en la cabeza y cubierta con una bata guateada, no cubierta del todo porque había olvidado abrocharse un par de botones dejando entrever por el escote un pijama amarillo pálido; se encontraba en el porche, de pie, fumando un pitillo, lo hacía fuera de la casa porque no quería que el salón oliera a taberna. Me siguió con la mirada, pensé que por un billete pequeño podía quitarle los rulos, lo mismo que hacía con Bruna.

La parcela del número 25 de la calle Gardenia era el doble de extensa que las otras parcelas, tendría unos o setecientos metros, y también hacía esquina. No podía ver el chalet porque la tapia era de dos metros y medio y la cancela tenía soldada a los barrotes una chapa negra de un par de metros de altura. El

nombre del chalet, La Mandrágora, estaba grabado al fuego en una gran viga de madera que hacía de dintel, las dos jambas eran de piedra artificial. Quería echarle un vistazo a la casa antes de llamar al timbre así que necesité coger aire y levantarme a pulso de los barrotes.

No era una construcción estándar, era bastante mejor. Tenía también dos plantas, con una tercera abuhardillada y con varios tejados a distinto nivel, con un par de chimeneas y una veleta con un gallo; todas las ventanas eran ventanales. Lo primero que pensé fue que la renta de novecientos euros no estaba mal en una urbanización como aquella, en una ciudad dormitorio como Fuenlabrada, donde Dios había puesto a sus habitantes lo suficientemente lejos la Sierra para que sólo la vieran y no la tocaran.

Me extrañó que los inquilinos de aquel chalet de lujo se hubieran demorado en el pago, aunque había jetas que por sistema no pagaban nunca, ni los alquileres, ni los hoteles, ni al sastre. Aunque eran inquilinos veteranos porque según Magro siempre habían pagado puntualmente. Apreté un par de veces el botón del telefonillo en la jamba derecha y esperé. Transcurrió un minuto y no obtuve respuesta. No había oído la chicharra porque estaría en el interior de la casa y ésta se encontraba como a unos treinta metros de la cancela, pero podía ser que no funcionara o que, por alguna razón, la hubieran desconectado. Un buzón, grande, de color negro, con la tapa amarilla, estaba sujeto a los barrotes. A la pieza de plástico que protegía la tarjeta le faltaba uno de los remaches y estaba un poco caída. En la tarjeta venían dos nombres: Antonio

Albarán y María del Pilar Gomila. Levanté la tapa del buzón, metí la mano y me pareció que estaba vacío. Magro no me había dado el nombre de los inquilinos, ni una factura, sólo tenía que darles un toquecito en el hombro susurrándoles que se les había pasado pagar el alquiler.

Me cogí de nuevo de los barrotes y me levanté a pulso. La puerta del garaje estaba entornada y en el interior no se veía ningún coche. Todas las persianas de la casa estaba subidas y un par de ventanales en la fachada de levante estaban abiertos como si estuvieran ventilando la casa. No había rejas, eso daba a entender que el dueño del chalet, y también los inquilinos, eran gente confiada. Podía suponer que había un ama de casa haciendo la limpieza, con rulos en la cabeza y una bata guateada desabrochada mostrando el pijama, quizás también desabrochado, pensé que podía pedirle un vaso de agua, o preguntarle por una calle. Pero las personas que pagan de renta novecientos al mes tienen una o dos mujeres para limpiarles la casa. No era una buena hora para cobrar la renta.

A la derecha de la cancela estaba la puerta de servicio, con los mismos barrotes de lanza y la misma chapa negra de la cancela; estaba cerrada con llave. La chapa de la cancela tenía una abertura cuadrada, de un palmo de lado, para abrir o cerrar desde el exterior el candado del cerrojo. Metí la mano y comprobé que el candado no estaba echado. Así que descorrí el cerrojo, empujé la cancela y ésta se abrió sin ningún chirrido.

Durante unos segundos permanecí sin moverme, luego empujé un poco más y entré.

Lo primero que hice fue silbar, podía haber un perro suelto por allí, aunque ya me habría oído, pero yo no había visto ningún perro ni oído ningún ladrido. Resultaba extraño que el candado no estuviera echado, quizás el ama de casa había salido a hacer algún recado por allí cerca y no le había merecido la pena cerrarlo, o el rey de la casa se había olvidado echarlo al salir camino de la oficina, porque tenía la mente puesta en aquel par de noruegas que hacía diez meses le habían hecho auto stop cuando se dirigía al trabajo y él les había dicho que podía llevarlas hasta Oslo porque no tenía nada que hacer.

En el garaje no había ningún coche como me había parecido desde la calle, lo que podía indicar que no había nadie en la casa, aunque habían dejado la cancela abierta.

Allí no había nada de especial valor, en realidad estaba casi vacío, lo que podía dar a entender que hacía poco que los inquilinos ocupaban el chalet, sin ninguna bicicleta o juguete a la vista porque no debían tener hijos, sólo había una escalera de mano de aluminio que parecía nueva, era extensible, de tres cuerpos, la utilizarían para subirse al tejado, aunque yo había visto un par de claraboyas en la parte abuhardillada de la casa. Tampoco en el jardín había grandes árboles y los setos no levantarían más de medio metro lo que me confirmaba que el chalet hacía poco que estaba habitado. A la derecha de la puerta y pegados a la pared había un par de bidones de agua mineral y una caja de herramientas que parecía nueva y con toda la pinta de contener sólo un destornillador.

La puerta de la casa no tenía timbre ni aldaba, era blindada por lo que me pareció que no merecía la pena llamar con los

nudillos. Así y todo llamé un par de veces, pero la puerta era gruesa, de buena madera, y sólo se produjo un sonido sordo y apagado, para oírme tendría que haber al otro lado una oreja pegada a la madera. Pensando que me podían sorprender merodeando dentro de la parcela, me moví deprisa hacia la fachada de levante buscando uno de los ventanales abiertos. Sólo pretendía echar un vistazo al interior de la casa.

La ventana, el ventanal, se encontraba a sólo un metro de altura de la acera y estaba abierto de par en par invitando a colarse adentro. La habitación debía ser el salón principal. Era amplia, con muchos muebles que parecían de calidad y también cuadros en las paredes que a lo mejor eran auténticos. El centro lo ocupaba una gran mesa, pero no era una mesa de salón, sino de despacho; había media docena de sillas, estas sí eran de salón, de madera rojiza y tapizadas, y también un sofá con un tapizado brillante, tres cojines de un tono burdeos y algunos otros muebles de madera rojiza brillante.

—¿Hay alguien?!

No quería que me tomaran por un merodeador, aunque ya lo era. Permanecí a la escucha como medio minuto pero no obtuve respuesta. Grité de nuevo, más fuerte, aunque sabía que no me iban a responder. No quería que me sorprendieran al pie de aquella ventana abierta, lo primero que pensarían era que me estaba preparando para entrar en la casa. Si los inquilinos tenían escopeta me pegarían un tiro, o dos, y volverían a cargarla. Así que grité de nuevo, esta vez haciendo bocina con las manos.

—¡¡Eh!! ¿Hay alguien?!

Medio minuto y nada.

Desde donde me encontraba veía un montón de papeles sobre la mesa, carpetas y portafolios de diversos colores. También un ordenador portátil con la pantalla encendida y, al otro lado del ordenador, lo que parecía una caja metálica, de esas que se emplean para guardar papeles importantes o pasta. Estaba cerrada.

Al parecer utilizaban el salón de despacho, quizás porque llevar un negocio en casa resultaba más económico que alquilar una oficina. Ni siquiera la silla delante del ordenador era de despacho.

En cualquier momento el ama de casa podía aparecer en la cancela, con una bolsa en la mano o arrastrando el carrito de la compra. Si no se desmayaba le diría, en un tono algo duro, como de fastidio, que había entrado porque la cancela estaba abierta y había creído que el timbre no funcionaba, que venía a cobrar la renta porque se habían demorado en el pago y los administradores se estaban poniendo nerviosos. No sonaba mal como excusa. Así que, sin más, me levanté a pulso sobre el alfeizar, di un impulso y me colé en la casa.

Lo único que el salón tenía de despacho era la mesa con los papeles y el ordenador. No se veía por allí un archivador, una fotocopidora, o algo parecido. Los inquilinos debían ser gente poco preocupada por las apariencias. Si tenían amigos a cenar seguro que despejaban la mesa y ponían los platos.

Alguien había estado trabajando allí aquella mañana, el ordenador estaba encendido y los papeles dispersos, daba la impresión de trabajo interrumpido por alguna razón. La silla tenía un cojín de color granate con las huellas de un culo, por alguna razón deduje que era un culo de mujer. El resto de la habitación estaba bastante ordenado, sin papeles o vasos sobre los muebles, las sillas en su sitio, los cuadros colgaban rectos. Los muebles no tenían polvo y las botellas de un pequeño mueble bar tenían los precintos sin romper, como si los inquilinos las hubieran comprado para una fiesta a la que habían fallado todos los invitados.

La pantalla del ordenador estaba llena de nombres y cifras, unas de color rojo y otras verde, alguna se iluminaba y subía o bajaba, me pareció que eran cotizaciones de bolsa en tiempo real, pero a lo mejor eran otra cosa. Y los mismos nombres y cifras en el folio que había delante del ordenador sobre una carpeta de gomas, aunque sólo en negro sobre blanco. A la izquierda del ordenador había una taza mediada de café, sin platillo ni cucharilla, pero con medio pitillo de rubio apagado y doblado por la mitad. Ni el pitillo ni la taza tenían manchas de

carmín. Toqué la taza y comprobé que estaba fría. Debajo había un portafolios amarillo pálido. Escrito con rotulador, con grandes letras, ponía: «El viejo y la niña» y, debajo, muy grande: A-108. Quité la taza y abrí el portafolios. Sólo contenía un papel, escrito con rotulador negro, con grandes letras, ponía: «El viejo ha muerto, la niña vive todavía».

Hasta entonces mis ojos habían evitado la caja metálica, como si no la hubieran visto, considerándola la frontera del territorio prohibido. Me moví alrededor sin mirarla. La llave no estaba en la cerradura pero adivinaba que no estaba cerrada.

Me detuve en medio del salón a la escucha de cualquier sonido que pudiera provenir del interior de la casa. Continuaba el silencio absoluto, ni siquiera se oía el tráfico de la autovía que se encontraba como a unos doscientos metros.

Levanté la tapa. La caja estaba vacía. Por eso no estaba cerrada con llave. Lo primero que me pregunté fue qué hacía allí aquella caja vacía.

Ni un papel, unas llaves, o una joya. Nada. No comprendía que utilidad podía tener, allí, sobre la mesa, a la derecha del ordenador. La levanté pero debajo tampoco había nada, ningún papel, nada. Seguramente habían sacado los papeles que contenía que serían los que estaban delante del ordenador. Pero eran folios que se guardaban dentro de la carpeta que había debajo que era más larga que la caja. Pensé que a lo mejor contenía el dinero que el ama de casa había cogido para ir a la compra, o para ingresar en el banco. Me pregunté qué clase de negocio llevarían desde casa.

Entre los dos ventanales había un aparador de cuatro cajones con tiradores que parecían de bronce. Los abrí. Dos de ellos tenían más papeles, casi todo carpetas azules de esas de gomas. Los otros dos contenían lo que parecían mantelerías envueltas en papel de celofán, como si no las hubieran estrenado todavía.

Había sentido cierta frustración al encontrar la caja vacía. Aunque no había entrado a robar, sólo a curiosear aprovechando la ventana abierta. Pero en lo más profundo de mi cerebro había visto un montón de fajos en su interior. Me había visto metiéndomelos en el bolsillo y escapando por la ventana.

Mis pies, siguiendo el impulso de mi cerebro, cruzaron la puerta que comunicaba con el pasillo.

Los apliques estaban apagados y el pasillo se encontraba en penumbra. El diseño del pasillo era de casa antigua, con puertas a ambos lados y otra al fondo, entornada, por la que salía algo de luz. Al arquitecto no le había dolido la cabeza porque calculé que el chalet no tendría más de veinte años. Avancé con cautela hacia la puerta entornada. Cada tres pasos me detenía y escuchaba. El pasillo era ancho y había un par de muebles de madera oscura. No tenía alfombra ni moqueta, el suelo era de baldosas. Abrí con cuidado los cajones de los muebles pero, o estaban vacíos, o su contenido no me decía nada. El pasillo se ensanchaba donde partía la escalera que llevaba a la planta superior. Miré hacia arriba y sólo vi la barandilla de madera y el techo vano. En la pared, debajo de la escalera, había una diana de dardos, con tres dardos clavados en ella en el pequeño redondel del centro. La escalera era de madera y uno de los travesaños

mostraba media docena de agujeros como de carcoma, sin duda alguno de los jugadores bizqueaba más de la cuenta.

La puerta entreabierta del fondo era la de la cocina. La abrí un poco más y asomé la cabeza.

Se habían gastado la pasta montándola, tenía mucho mármol y los electrodomésticos y los armarios estaban forrados de madera. En la pared de la izquierda había un gran reloj redondo, los números eran zanahorias y pepinos, indicaba las once y diez y el segundero avanzaba ignorando al intruso. Comprobé que la cafetera sobre la vitrocerámica conservaba todavía algo de calor y estaba mediada de café.

A la izquierda había una puerta de cristal que daba a lo que parecía el patio de la parte posterior de la casa. A través del cristal se veían las cuerdas de tender la ropa con sólo unos pantalones cortos azul oscuro colgados en ellas. Pensé si el ama de casa no andaría por allí, por el patio, sin pantalones, fumándose un pitillo. No había visto ceniceros pero recordé la colilla apagada en la taza de café. Traté de abrir la puerta pero estaba cerrada con llave que no estaba puesta.

Decidí echar un vistazo a la planta superior. Ya estaba casi seguro de que no había nadie en la casa, de que podía moverme sin tomar ninguna precaución.

La escalera de tono nogal era demasiado ancha, no tenía alfombra pero los escalones no crujían. Desembocaba en un rellano en el centro de un pasillo al que se abrían más puertas a derecha e izquierda. El suelo era de madera y estaba encerado.

El cuarto de baño era amplio, con las paredes de mármol negro vetado y el suelo de grandes baldosas azul oscuro; todo

muy elegante, aunque no sabía qué se sentiría al ducharse en un panteón. El lavabo tenía el tamaño de una piscina. Había un juego de toallas azul oscuro con una rayita amarilla. Todo estaba muy limpio y recogido. Había una báscula para pesarse, como las de las farmacias, con un brazo oscilante y una pesa móvil detenida en los setenta y cinco kilos. Me pregunté a quién correspondería ese peso, si al rey o a la reina de la casa.

En lo que parecía ser el dormitorio principal, la cama de matrimonio estaba sin hacer, pero sólo un lado de la cama, como si sólo una persona hubiera dormido en ella. No podía saber si había sido un hombre o una mujer porque no había ni pijama ni camisón. Sobre la cómoda había una foto dentro de un marco de madera oscura: un hombre y una mujer, en la treintena, de buena presencia, ella tirando a guapa, se adivinaba un buen cuerpo debajo de su traje de chaqueta; él era un tipo grande, lucía el uniforme de marino, sin barba, sin pipa y sin barco, su sonrisa era franca, parecía uno de esos tipos que te insultan a la cara sonriéndote con tanta naturalidad que no te sientes ofendido, le calculé unos noventa kilos; ella no pasaría de los sesenta. La sonrisa de ella no parecía tan espontánea, como si el fotógrafo le hubiera ordenado que sonriera y ella hubiera sacado del bolso la última sonrisa que le quedaba. Enlazados por la cintura y sonriendo a la cámara porque tía Ángela acababa de aparecer por la puerta. Era de suponer que eran los habitantes de la casa, los inquilinos a los que se les había olvidado pagar la renta.

Cerca del ventanal, cerrado, había unas prendas bien ordenadas sobre uno de esos tinglados de caoba donde se deja la ropa cuando te vas a meter en la cama, con una plataforma